

EL CRISTIANISMO Y LA TRANSMISION DE LA EDUCACION CLASICA: ALGUNAS NOTAS A PARTIR DEL EPISTOLARIO DE SAN JERONIMO

*Txomin de Pozo Sáinz**
Marklothar Zoder
Universidad de Salamanca

RESUMEN

A mediados del siglo IV se inicia el período de mayor expansión del cristianismo en el Imperio romano occidental. En este proceso van a verse implicados, como cabezas visibles, un buen número de cristianos cultivados. Entre ellos destaca un provincial de clase media, Jerónimo, siendo posible detectar a través de su Epistolario, centro de nuestro estudio, los términos en que se produce la aceptación por la Iglesia del sistema educativo clásico basado en las artes liberales.

ABSTRACT

In the middle of the IV century the period of the biggest expansion of Christianity begins in the western Roman Empire. Several cultivated Christians get remarkably involved in this process. Jerome, a middle class provincial, stands out from these erudites. His Epistles —the centre of our research— enable us to detected the terms in which the Church accepts the classical educational system based on liberal arts.

A partir de la inclusión de Virgilio y Cicerón entre las materias escolares, se puede decir que muy poco evoluciona la concepción genérica que de la educación tenía la sociedad romana durante el Imperio¹. Siendo el dominio de la ora-

* Becario de investigación del GV-EJ.

1. Según Suetonio, *De gram.* 16, 3, el primero que enseñó públicamente a Virgilio fue su amigo, el gramático Cecilio Epirota, c. 26 a.C. Desde el principio Virgilio pasó a ser autor básico para

toria el fin utilitario de los estudios liberales², cabe pensar que, aún fuera del debate político, aquélla siguió manteniendo unas posibilidades prácticas que podían aplicarse perfectamente a situaciones más o menos habituales de la vida cotidiana. El discurso forense y el militar, o las recitaciones públicas, son un buen ejemplo al que la Iglesia, como cualquier otra institución de carácter público, no podía sustraerse. No obstante, en Occidente tendremos que esperar hasta bien entrado el siglo IV para constatar la existencia de un personal eclesiástico capaz de llegar a auditorios cada vez más amplios. En estos momentos el *sermo* del presbítero o del obispo gana terreno con respecto a la celebración de los misterios en las basílicas. Los paganos también asistentes a éstas lo hacían, los más de los casos, en función del atractivo del ambiente que creaban los oradores, los *praedicatores*, que asumían la tarea de convertir a la masa incrédula³. Tampoco hace falta que recordemos cómo la gran actividad literaria cristiana, que se desarrolla en estos tiempos en ambas partes del Imperio, surge de la mano de individuos de exquisita formación retórica: El Crisóstomo, los Gregorios, Basilio, Apolinar, Agustín, Ambrosio, Paulino y el propio Jerónimo son ejemplos excepcionales por su calidad, pero no deben considerarse casos aislados en cuanto a su instrucción en el *triuuium*⁴.

La primera referencia que nos ofrece Jerónimo sobre la educación superior la sitúa en la *Ep.* III a Rufino, cuando recordando al monje Bonoso, amigo desde la infancia, apunta *saeculum nobiscum artibus institutus*⁵. De esta manera nos presenta a Rufino y Bonoso, y más tarde hará lo propio con el senador Panmaquio⁶,

el aprendizaje de la gramática, al igual que lo fue Cicerón en el caso de la retórica. Cf. E. Jullien, *Les professeurs de littérature dans l'ancienne Rome (et leur enseignement depuis l'origine jusqu'à la mort d'Auguste)*, Paris, 1885, 207-210. Sobre la educación romana en general vid. H. I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid, 1985 (1ª ed. fr. 1948), 299-447. A pesar de referirse a tiempos anteriores al siglo IV, una buena explicación del programa que se seguía en las escuelas la encontraremos en S. F. Bonner, *La educación en la Roma antigua (desde Catón el Viejo a Plinio el Joven)*, Barcelona, 1984 (1ª ed. ing. 1977), 221-425. Para la época inmediatamente posterior a Jerónimo vid. P. Riché, *Éducation et culture dans l'Occident barbare (VI^e-VIII^e siècles)*, Paris, 1962, 41-90.

2. En estos momentos adquieren un valor eminentemente práctico, pues son la llave que abre camino hacia los puestos públicos. Cf. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire (284-602): A social, economic and administrative survey*, Oxford, 1964, I, 49 y III, 5 (n. 21). En efecto, en la Antigüedad tardía el término 'liberal' había perdido su sentido, comenzando «a caducar la idea —sostenida aún por Séneca— de que las artes son propedéutica de la filosofía» (E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, 1955 [1ª ed. al. 1948], 64). Más ampliamente en torno a la relación artes liberales y filosofía vid. I. Hadot, *Arts libéraux et philosophie dans la pensée antique*, Paris, 1984.

3. Cf. Agustín, *Conf.* V, 13, 20; O. Seeck, *Geschichte des Untergangs der antiken Welt* IV, Stuttgart, 1922, 202.

4. La gramática, la retórica y la dialéctica acaparaban, en detrimento del *quadriuium*, más de las tres cuartas partes del programa normal de enseñanza (cf. E. R. Curtius, *op. cit.*, 71 y G. Bardy, «L'Église et l'enseignement en Occident au V^e siècle», *Mélanges offerts au R. P. Ferdinand Cavallera*, Toulouse, 1948, 199). Señalemos que los términos *triuuium* y *quadriuium* son meramente referenciales, pues las artes liberales conforman un sistema mucho más complejo y sujeto a sucesivas reinterpretaciones a partir de sus orígenes helenos (vid. H.-I. Marrou, «Les arts libéraux dans l'Antiquité classique», *Arts libéraux et philosophie au Moyen-Âge. Actes du V^e Congrès International de Philosophie médiévale, Université de Montréal (27 août-2 sept. 1967)*, Montréal-Paris, 1969, 5-27).

5. *Ep.* III, 4 (el texto de las citas del Epistolario está extraído de la ed. de J. Labourt, 8 vols., Paris, 1949-1963).

6. *Ep.* LXVI, 9, *ad Pammachium de dormitione Paulinae: quod nos quondam adulescentulicum a praefecto oratore in praefatiuncula diceretur risimus. Meminisse te puto erroris mutui quando omne Athenaeum scholasticorum uocibus consonabat: «sat cito, si sat bene».*

como compañeros de estudio⁷. Entre los corresponsales de Jerónimo, haciendo a un lado los notorios ejemplos de Agustín, Paulino y Eusebio de Vercellis, hay otros personajes que, vinculados con los estudios liberales, luego se verían también arrastrados por la vocación monacal. Esta es la situación de Heliodoro⁸ y Rústico⁹, pero incluso la de sus más directos detractores¹⁰ y, aunque salvando las diferencias, la de mujeres de la posición de Marcela, Paula o Eustoquia¹¹. Jerónima aventaja en no pocas ocasiones su nivel educativo, dándonos la impresión de que consideraba con orgullo el hecho de que individuos con estudios, y en gran parte de familias pudientes, hubieran rechazado un *cursus* administrativo por el servicio eclesiástico¹². Además, para nuestro autor, la educación romana tradicional promovía ciertas virtudes morales: no sólo era causa de un acercamiento amistoso, *pues etiam externorum mentes sibi conciliat*¹³, sino que los *ingenia liberaliter educata facilius uerecundia quam metus superat*¹⁴. Así, los textos profanos sobre los que se basaba la docencia en el Ateneo *in pueris necessitatis est*

7. Sobre la etapa de escolar de Jerónimo en su primera estancia en Roma vid. G. Grützma-cher, *Hieronymus. Eine biographische Studie zur alten Kirchengeschichte* I, Leipzig 1901-1918, 113-126; F. Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, t. I, Louvain-Paris, 1922, 6-17 y J. N. D. Kelly, *Jerome. His life, writings and controversies*, London, 1975, 10-17. Gracias a las propias anotaciones del betlemita (*Apol. adv. Ruf.* I, 16, 145) sabemos que el famoso gramático Aelio Donato fue profesor suyo allí hacia el 360-366. Alrededor de esta relación vid. F. Lammert, *De Hieronymo Donati discipulo*, Leipzig, 1912; G. Brugnoli, «Donato e Girolamo», *VetChr*, 1965, II, 139-149 y L. Holtz, *Donat et la tradition de l'enseignement grammatical. Études sur l'Ars Donati et sa diffusion (IV^e-IX^e siècle)*, Paris, 1981, 37-46. Con todo, de la inclusión de los profesores latinos más destacados en su *Chronicon* se desprende la importancia que les concedía, entre ellos algunos contemporáneos como Pátera (a. 336); Gennadio, Minervio, Victorino (más tarde se convertiría al cristianismo dedicándosele la noticia CI del *De viris illustribus*) y el ya nombrado gramático Donato (a. 354); Alcimo y Delfidio, rétores aquitanos (a. 355); por último, a Evantio, gramático africano que enseñó en Constantinopla (a. 358). Cf. G. Bardy, «L'Eglise et l'enseignement au IV^e siècle», *RSR* XIV (1934), 525 ss., donde encontramos bastantes apuntes sobre el profesorado del momento.

8. *Ep.* LX, 5. Heliodoro alcanzaría más tarde la dignidad episcopal.

9. *Ep.* CXXV, 8, *ad Rusticum monachum: Nunc monachi incunabula moresque discutimus et eius monachus, qui liberalibus studiis eruditus in adulescentia, iugum Christi collo suo inposuit*. Igualmente Jerónimo nos esboza en sus *Vitae* una pareja preparación en dos de sus monjes (vid. *Vita S. Pauli primi eremita*, 4 y *Vita S. Hilarionis*, 2).

10. Vid. infra nota 22.

11. A pesar de que las mujeres no seguían sus clases en el Ateneo, las de buena familia eran educadas con cierta similitud a los varones (Dahremberg y Saglio, *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, sv. «educatio» por E. Pottier, Paris, 1881-1899, II.1, 488 s.). En ellas parece centrarse Jerónimo cuando exalta sus inquietudes intelectuales. Los términos con los que califica éstas los resume M. Marcos Sánchez, «*Mulier sancta et uenerabilis, mulier ancilla diaboli* en la correspondencia de San Jerónimo», *SHHA* IV-V (1986-7), 241. La *ἐργοδιωκτής* Marcela y, sobre todo, las *φιλοπονωτάται* Paula y Eustoquia colaboraron activamente en la revisión de las traducciones de Jerónimo. Vid. M. Turcan, «Saint Jérôme et les femmes», *BAGB*, 1968, 268 ss.

12. Esta actitud elogiosa la hallamos explícitamente comentada en una anécdota relatada por Agustín (*Conf.* VIII, 6, 15), pudiéndose interpretar que este fue el caso del propio Jerónimo quien, acompañado de su amigo Bonoso, llegó *post Romana studia ad Rheni semibarbaras ripas* (*Ep.* III, 5). S. Pellistrandi identifica éstas probablemente con Tréveris, ya que es paso obligado para el aspirante a una carrera administrativa relevante («À propos d'une recherche prosopographique: Jérôme, Bonose et la vocation monastique», *Jérôme entre l'Occident et l'Orient. Actes du Colloque de Chantilly* (sept. 1986), Paris, 1988, 19).

13. *Ep.* LXXIX, 5, *ad Salvinam*. Se evoca una idea ya presente en Quintiliano, *Inst. or.* I, 2, 20. Téngase en cuenta que aquí Jerónimo trata de Nebridio, difunto esposo de Salvina, que se educó junto a sus primos, los hijos de Teodosio.

14. *Ep.* LXVI, 6.

*crimen*¹⁵. Ahora bien, Jerónimo se cuida de poner de manifiesto algunos inconvenientes que, ligados por lo común a la inexperiencia y falta de freno juvenil, pueden desembocar en un abuso de los preceptos retóricos¹⁶, en un desequilibrio del fondo en favor de la forma¹⁷, cosa de la que, en teoría, debe huir el autor cristiano¹⁸. Esta huida es extensible a la pretensión, también presentada como próxima a los estudios, de justificar los dogmas cristianos a la luz de las doctrinas filosóficas¹⁹.

Aún ejerce Jerónimo otros usos de los recuerdos escolares que, aunque con diversas intenciones, se podrían englobar bajo el término de estilísticos. Unas veces introducen algún lugar común o dicho popular con la especificación de que lo aprendió en la *schola*²⁰, otras, sobre todo en las cartas consolatorias, le sirven de nexos para aludir con brevedad a los remedios que en este sentido ofrecían los autores profanos comentados en el Ateneo, o para ir a la argumentación retórica del olvido de los conocimientos adquiridos siendo muchacho²¹. Donde merece la pena detenerse un poco más es en su empleo irónico cuando se dirige a sus enemigos encabezados por Joviniano, Rufino, Vigilancio y Pelagio. Aquí les llama con finura rústicos e ignorantes a pesar de su formación en las artes liberales²², allá les

15. *Ep.* XXI, 13. En efecto, el recurso a Virgilio es un pecado necesario para la educación del adolescente, sin embargo es algo condenable en los sacerdotes si les distrae de la profundización en los evangelios y los profetas. Obsérvese que nunca se encuentra una valoración negativa de la obra virgiliana en sí, imposible si pensamos que este autor profano es el que más ha influido en los escritos de San Jerónimo. Incluso, señala H. Hagendahl (*Cristianesimo latino e cultura classica de Tertulliano a Cassiodoro*, Roma, 1988 [1ª ed. ing. 1983], 144 s.), dentro de los escritores eclesiásticos es, junto a san Agustín, el más proclive a Virgilio.

16. *Ep.* LII, 1, *ad Nepotianum presbyterum: Dum essem adulescens, immo paene puer, et primos impetus lasciuientis aetatis heremi duritia refrenarem, scripsi ad auunculum tuum sanctum Heliodorum exhortatoriam epistulam plenam lacrimis querimoniisque, et quae deserti sodalis monstraret affectum. Sed in illo opere pro aetate tunc lusimus, et calentibus adhuc rhetorum studiis atque doctrinis, quaedam scolastico flore depinximus.* La idea de que en el joven es útil y, por tanto, disculpable cierto abuso de la retórica ya la pone Cicerón en boca del orador Craso (*De orat.* I, 31, 137-142 y 145).

17. *Ep.* LXVI, 9, *ad Pammachium de dormitione Paulinae: Simples epistulae tuae olent prophetas, apostolos sapiunt. Non coturnatam affectas eloquentiam, nec more puerorum argutas sententiolas in clausulis struis.*

18. *Ep.* CXVIII, 1, *Exhortatoria ad Iulianum: Vnde et nos leporem artis rhetoricae contemntes, et puerilis, atque plausibilis eloquii uenustatem, ad sanctarum scripturarum grauitatem confugimus, ubi uulnerum uera medicina est, ubi dolorum certa remedia.*

19. *Ep.* LXXXIV, 6, *ad Pammachium et Oceanum: Sed fac me errasse in adulescentia, et Philosophorum, id est, gentilium studiis eruditum, in principio fidei ignorasse dogmata Christiana, et hoc putasse in apostolis, quod in Pythagora et Platone et Empedocle legeram: Cur paruuli in Christo atque lactantis errorem sequimi? (...) Errauimus iuuenes, emendemur senes.* Se trata de una alusión velada a Orígenes.

20. *Ep.* LXXVII, 2, *ad Oceanum, de morte Fabiolae: Alius forsitan scholae memor Q. Maximum, «Vnum qui nobis cunctando restituit rem», et totam Fabiorum gentem proferret in medium; Ep.* CVII, 8, *ad Laetam, de institutione filiae: Legi quondam in scholis puer: «Aegre reprehendas, quod sinas conulescere».*

21. *Ep.* XXIX, 7, *ad Marcellam: quidquid pueri plausibile habueramos amisimus, nec scientiam quam uolebamus consecuti sumus; Ep.* LXX, 3 *ad Magnum, Oratorem urbis Romae: Lege eos, et inuenies nos conparatione eorum inperitissimos, et post tanti temporis otium uix quasi per somnum quod pueri didicimus recordari. Ep.* LX, 5, *ad Heliodorum epitaphium Nepotiani: exciderunt tibi praecepta rhetorum et occupata luctu, oppressa lacrimis, praepedita singultibus dicendi ordinem non tenes! ubi illud ab infantia studium litterarum.*

22. *Ep.* XLIX, 12, *Apologeticum ad Pammachium: Si rusticani homines, et uel rhetoricae uel dialecticae artis ignari detraherent mihi, tribuerem ueniam inperitiae, nec accusationem reprehenderem*

conmina, dada su presunta flojedad intelectual, a volver al estudio de la gramática, dialéctica y filosofía²³, avisándoles siempre del control que él mismo posee sobre los artificios de orador con que le atacan, de tal manera que les amenaza con su capacidad para volverles las tornas en caso de necesidad²⁴.

De lo hasta aquí expresado, es posible deducir que Jerónimo nunca se planteó el asentamiento de un ideal educativo propiamente cristiano, por eso hemos de aceptar con cautela el papel que juegan en su colección epistolar las cartas CVII a Leta y CXXVIII a Gaudencio, libradas para niñas apenas balbucientes y destinadas por sus padres a moniales²⁵. En ellas las recomendaciones predominantes afectan más al campo de las actitudes morales que deben servir de ejemplo al niño desde su nacimiento, mientras que los breves apuntes técnico-pedagógicos, extraídos casi literalmente de Quintiliano²⁶, se centran en crear en la mente infantil, y a partir de las primeras letras, una visión favorable hacia la materia en que se le pretende adentrar, es decir, las Escrituras. De hecho, los conocimientos religiosos se adquieren de *motu proprio*, por un interés privado, en realidad parecen aceptar con mayor propiedad el adjetivo «liberal», pues el individuo, al menos en apariencia, tiende a ellos con el objetivo de servir a Dios y no de sustentarse económicamente²⁷. Asimismo, la especulación sobre las letras

ubi non uoluntatem in culpa cernerem sed ignorantiam; nunc uero, cum disertis homines et liberalibus studiis eruditi magis uolunt laedere quam, intellegere, breuiter a me responsum habeant: corrigere eos debere peccata, non reprehendere.

23. *Ep. LXI, 4, ad Vigilantium: Si libet exercere ingenium, trade te grammaticis atque rhetoribus, disce dialecticam, sectis instruere philosophorum ut, cum omnia didiceris, saltem tunc tacere incipias; Ep. XLIX, 19, Apologeticum ad Pammachium: et si hos audire noluerint obtrectatores mei, grammaticorum scholas eis faciam conclamare.* Algo parecido encontramos en la *Apol. adv. Ruf.* (I, 17, 155-156), en que Jerónimo insta a Rufino a que vuelva a la escuela a repasar el *artem loquendi* de manos del gramático.

24. *Ep. XLIX, 13, Apologeticum ad Pammachium: Legimus, o eruditissimi uiri, in scholis pariter, et Aristotelia illa uel de Gorgiae fontibus manantia simul didicimus, plura uidelicet esse genera dicendi, et inter cetera aliud esse γυμναστικῶς scribere, aliud δογματικῶς: in priori uagam esse disputationem, et aduersario respondentem nunc haec nunc illa proponere; argumentari ut libet, aliud loqui, aliud agere, panem, ut dicitur, ostendere, lapidam tenere; in sequenti autem aperta frons et, ut ita dicam, ingenuitas necessaria est. Aliud est quaerere, aliud definire: in altero pugnandum in altero docendum est; Ep. I, 5, ad Domnionem: Possum remordere, si uelim, possum genuinum laesus infingere; et nos didicimus litterulas, «et nos saepe manum ferulae subtraximus», de nobis quoque dici potest: «faenum habet in cornu, longe fuge». Ep. LXXXI, 1, ad Rufinum: Poteram et ego, qui saepissime figuratas controuersias declamaui, aliquid de uetere artificio repetere, et tuo te more laudare.*

25. Sobre las particularidades de esta educación tenemos un buen resumen en E. Paoli, «Le témoignage de Jérôme sur l'éducation de jeunes chrétiennes», *Connaissance des Pères de l'Église*, 48 (1992), 21-24. En algunas obras genéricas sobre la historia de la pedagogía y la educación se suelen extraer de estas dos cartas las originalidades que, en esta materia, aporta Jerónimo (vid. J. Bowen, *Historia de la educación occidental I*, Barcelona, 1986 [1ª ed. 1972], 356-364. A. Capitán Díaz, *Historia del pensamiento pedagógico en Europa*, Madrid, 1984, 155-159), sin tener en cuenta que, para él, el ámbito religioso es diferente del educativo secular. Distinción pareja establece san Juan Crisóstomo en su tratado *Sobre la vanagloria y la educación de los niños* 18, 271-274: *Νῦν δὲ ὅπως μὲν τέχνας καὶ γράμματα καὶ λόγους τοὺς αὐτῶν παιδᾶς παιδεύσειεν, ἅπασαν ἕκαστος ποιεῖται σπουδῆν, ὅπως δὲ τὴν ψυχὴν ἀσκηθεῖν, τούτου οὐκέτι οὐδεὶς λόγον ἔχει τινά.*

26. Relativo al gran paralelismo entre algunos preceptos esbozados por san Jerónimo y aquellos transmitidos por Quintiliano en su *Inst. or.* vid. Ch. Favez, «Saint Jérôme pédagogue», *Mélanges de philologie, de littérature e d'histoire anciennes offerts à J. Marouzeau*, Paris, 1948, 176 ss.

27. No es el cristiano humilde, desconocedor de la ciencia, el considerado por Jerónimo en la *Ep. XXXIII, 3* como el verdadero filósofo. El mecanismo de la *reductio artium ad philosophiam*, ya visto antes en Séneca (*Ep.* 88, 20; cf. nota 2), es también la postura de Agustín (cf. H.-I. Marrou, *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, Paris, 1938, 277-327, y G. Howie, *Educational theory and*

divinas sólo es posible desde el aparato crítico que proporciona una instrucción superior²⁸, pero también es ésta imprescindible a la hora de ofrecer al público cualquier tipo de escrito, desde una epístola hasta una obra polémica. Hay, además, un buen número de aficiones, saberes y actividades que surgen o se fomentan a raíz de una educación previa. El amor a la lectura y, por tanto, sean profanos o religiosos, a los libros²⁹; el perfeccionamiento del griego³⁰; la dedicación a traducciones y comentarios de textos³¹, son ahora labores intelectuales que se encuentran plenamente asumidas en la Iglesia latina.

Un análisis del círculo epistolar jeronimiano pone de manifiesto que la mayoría de sus componentes adquieren su definitiva cohesión a través de una vinculación cultural, no únicamente religiosa. Vemos aristócratas romanos de renombre relacionados con elementos sociales de las clases medias municipales, entre las que se reclutaban preferentemente papas, obispos, presbíteros y monjes³². Para todos ellos la Eneida era tan importante como la Biblia: Jesucristo y el latín, el cristianismo y Roma, difícilmente podían presentarse disociados en sus mentes.

El panorama descrito nos obliga a intentar una interpretación cautelosa de sus constantes en el marco histórico de la Antigüedad tardía, porque estos grupos cristianos de gentes cultivadas podrían permitirnos hablar de una extensión cuantitativa del recurso a las artes liberales, pero quizás también de una sustracción

practice in St. Augustine, London, 1969, 241-276) y la de Basilio (cf. G. Bardy, *L'Église et l'enseignement au IV^e siècle [suite et fin]*, *RSR* XV [1935], 14 s.). De todas formas, recordemos que la carrera eclesiástica no estaba ni mal remunerada ni exenta de interesantes privilegios. Cf. J. Gaudemet, *L'Église dans l'Empire romain (IV^e-V^e siècles)* (= G. Le Bras [dir.], *Histoire du droit et des institutions de l'Église en Occident*, t. III), Paris, 1958, 165-179 y 311-320; A. H. M. Jones, *op. cit.*, II, 906-908, III, 309 s. (nn. 86-90).

28. *Ep.* LIII, 6, *ad Paulinum presbyterum: de grammaticis, rhetoribus, philosophis, geometricis, dialecticis, musicis, astrologis, medicis, quorum scientia mortalibus uel utilissima est et in tres partes scinditur: τὸ δόγμα, τὴν μέθοδον, τὴν ἐμπειρίαν*. Recomienda indirectamente se siga este camino para introducirse en las *sacrae litterae*.

29. Ni siquiera está probado que las *suscriptiones* sobre reediciones de autores como Virgilio, Horacio, Terencio o Livio, cuyos escritos, y aún otros, sabemos se hallaban en los estantes y en la boca de Jerónimo (cf. Rufino, *Apol. in Hieron.* 1, II, 7 ss.), sean en este período debidas exclusivamente a paganos, porque para los siglos V y VI su autoría es atribuible a cristianos (vid. A. Cameron, «Paganisme and literature in late fourth century Rome», *Christianisme et formes littéraires de l'Antiquité tardive en Occident - Entretiens sur l'Antiquité classique XIII*, Gênevè, 1976, 26 ss.). En torno al afán bibliófilo hacia los códices religiosos cf. *Eps.* XLVIII, 3; LXI, 1; LXXXIV, 3; CVII, 12; CXXV, 11. En general, para los vínculos que se establecen entre Jerónimo y el mundo del libro vid. E. Arns, *La technique du livre d'après saint Jérôme*, Paris, 1953.

30. Jerónimo y Rufino residieron lo suficiente en Oriente como para adquirir cierto dominio del griego. Alrededor de la implicación de Jerónimo en la cultura griega vid. P. Courcelle, *Les lettres grecques en Occident. De Macrobie à Cassiodore*, Paris, 1948, 37-115 y M. McDerriott, «Jerome and pagan Greek literature», *VChr* 36 (1982), 372-382. En el caso de nuestro Padre de la Iglesia, *vir trilinguis*, añadamos el conocimiento del hebreo.

31. La preocupación por la traducción culmina en el asentamiento, en la *Ep.* LVII *ad Pammachium de optimo genere interpretandi* de unos criterios básicos al respecto. Cf. también *Eps.* LXXI, 5; LXXVIII, 11; LXXV, 3.

32. Esta relación con la aristocracia adquiere, a raíz de los mentores cristianos adoptados por ésta, una dimensión bastante relevante, como apunta para el caso de Jerónimo S. Rebenich en su reciente estudio *Hieronymus und sein Kreis. Prosopographische und sozialgeschichtliche Untersuchungen* Stuttgart, 1992, en el que prosigue la línea abierta por P. Brown con trabajos como «Pelagius and his supporters: Aims and environment», *Religion and society in the age of saint Augustine*, London, 1972, 208-226. Al respecto de la extracción social de los cargos eclesiásticos vid. A. H. M. Jones, *op. cit.*, II, 923 s. y la interesante lista que para el caso de los obispos del siglo IV ha confeccionado F. D. Gilliard, *The social origins of bishops in the fourth century*, Berkeley, 1966, 9-39.

de individuos capaces a la administración imperial³³. Sea como fuere no han sido aún establecidos por la investigación histórica los parámetros precisos en que deba entenderse el incremento y la reproducción de la burocratización del estado bajoimperial, por tanto siempre será contemplable, en espera de estudios más profundos, la hipótesis de que la Iglesia estaría capacitada para absorber, en el caso de que se produjera, ese crecimiento incómodo de los formados en el *trivium*, tal vez derivado de la búsqueda de salidas a que se vieron obligadas las capas sociales inferiores de los *honestiores*, justamente las más cristianizadas, ante la crisis municipal³⁴. Necesariamente debió acontecer un trasvase importante hacia la Iglesia de esos hombres torneados en la cultura clásica. Fue la Iglesia de la segunda mitad del siglo IV y principios del V la que, en sus bibliotecas, perpetuó gran parte de la producción escrita y la lengua, es decir, los frutos supervivientes del intelecto del orbe antiguo y la clave para intentar comprenderlos. Fue ella la que posibilitó así que no haya caído definitivamente el Imperio romano ante los ojos del historiador, ni aún menos cesado la vigencia de algunos de los valores de sus instituciones educativas.

Desde luego, todo esto no puede desviar nuestra atención de la verdadera situación de la cultura literaria en la Antigüedad tardía. En una sociedad invertida étnica, lingüística, geográfica y económicamente no serían muchos los capacitados para acceder al conocimiento del libro, imprescindible sobremanera al estudioso³⁵. Aunque la proporción de alfabetizados fuera mayor o menor no se concibió la facultad de la lectura con una finalidad libresca³⁶. Por otro lado, el griego no estaba tan extendido en Occidente ni el latín en Oriente³⁷, de hecho el

33. Esta parece ser una de las ideas de Gibbon que comenta A. Momigliano («El cristianismo y la decadencia del Imperio romano», A. Momigliano [ed.], *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, 1989 [1ª ed. ing. 1963], 24), pero Gibbon va a otro tipo de razonamientos, la huida de las cargas tributarias p. ej., cuando trata de los monjes (*Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano IV*, Madrid, 1984 [= 1842], 301 ss.). Notemos además que para el ingreso en la administración imperial existían unas listas de espera sumadas encima a una venalidad de los cargos (A. H. M. Jones, *op. cit.*, II, 603 s.; III, 179 s. [nn. 96-99]).

34. La administración, desde las reformas establecidas por Diocleciano, poseía unas necesidades superiores en las funciones más corrientes (p. ej. *commentarienses, exceptores y tabellarii*), no tanto en los altos cargos (cf. P. Petit, *Histoire générale de l'Empire romain*, Paris, 1974, 501). Era la carrera jurídica la que aupaba a estos últimos, hecho que quizás pueda relacionarse con las quejas de Libanio cuando observaba que en Oriente se postraban las humanidades en pro del derecho (cf. A. H. M. Jones, «El trasfondo social de la lucha entre el cristianismo y el paganismo», A. Momigliano [ed.], *op. cit.*, 42 s.), lo cual no implica un desprecio en sí del aprendizaje de la oratoria. Curiosamente, las *constitutiones* estaban redactadas —a partir de Constantino— por versados en retórica y no por juristas especializados (vid. F. Wieacker, *Recht und Gesellschaft in der Spätantike*, Stuttgart, 1964, 23).

35. La predilección con que san Jerónimo se aferraba a su biblioteca particular y los sudores pasados para reunirla, la existencia de bibliotecas en las ricas villas senatoriales, contrastan con el estado deplorable de las de la ciudad de Roma, descrito por Amiano (XIV, 6). Da la impresión de que estamos asistiendo a una atomización de la cultura literaria.

36. Los suficientemente capacitados para leer obras se reducían a estratos urbanos acomodados —incluido el *ordo* senatorial—, sectores muy reducidos por tanto. La noción de «lector medio» debe ser desterrada prácticamente hasta nuestro siglo (cf. L. Canfora, «Lire à Athènes et à Rome», *Annales [ESC] XLIV* [1989], 932 ss.). El término *litteratus* sobrevivió a la Antigüedad denotando una instrucción en la gramática y en la retórica, no una mera alfabetización (vid. H. Grundmann, «*Litteratus-illitteratus*. Der Wandel einer Bildungsnorm vom Altertum zum Mittelalter», *AKG* 40 [1958], 20 s.).

37. Para el problema del bilingüismo vid. H. I. Marrou, *Historia de la educación...*, 330-343. Agustín imaginaba en *Conf.* I, XIV, 23 lo duro que les sería a los muchachos griegos el aprendizaje del latín después de los sufrimientos pasados por él con el griego, sin llegar a dominarlo. El ejemplo del famoso lugar del *Codex Theodosianus* XIII, 3, 11 (376) demuestra no sólo las dificultades para

mundo de las traducciones de obras griegas se amplía notablemente con respecto a tiempos precedentes y sigue resultando escaso. En definitiva, el rollo o el *codex* continuaron siendo un artículo de lujo, no sólo por el precio y la disponibilidad de sus componentes, sino por las dificultades que se debían padecer para conseguir los textos donde copiar³⁸. En estas condiciones, considerar cualitativamente significativo el presumible avance numérico de los que pudieron permitirse estudiar es bastante aventurado.

Los amigos epistolares de Jerónimo se encuadraban, pues, entre la élite de los pocos que alcanzaron una preparación literaria. Sí, eran escasos más no exclusivamente de origen aristocrático. Quizás en su influencia y en las actividades que desarrollaban nos haría falta buscar el origen de la cultura del «hombre medio de la ciudad y del campo», del «cristiano de la calle»³⁹, pero también la clave de la conservación del acervo literario y retórico de la Antigüedad que, principalmente, se transmitía gracias a la educación. La aceptación implícita del sistema de los estudios liberales adquiere en Jerónimo una dimensión paradigmática, porque no se nos oculta que implica la validez del saber profano base de los mismos, obviedad que debiera contemplarse a la hora de reconducir a unos términos más completos el debate sostenido entre la cultura clásica y el cristianismo, cuyos parámetros se presentan aún tremendamente confusos.

encontrar profesores de gramática griega en Tréveris, sino también que no se les concedía tanta importancia como a los de latín, ya que se les remuneraba peor. Para el caso de Oriente encontramos en Jerónimo algunos datos, primero se queja en las *Eps.* XXVII*, 3; LXX, 4 y CXXXIV, 2 de la penuria de copistas en lengua latina en Palestina, después argumenta irónicamente que el obispo Juan de Jerusalén desconocía el latín, pues se hallaba rodeado de latinos occidentales encabezados por Rufino (*Ep.* LXXXII, 7).

38. *Eps.* V, 2; LXXXIV, 3; CXXVI, 2. Cf. E. Arns, *op. cit.*, 149 ss.

39. «El rasgo más importante del mundo antiguo, especialmente en su fase más tardía, había sido la existencia de una nítida frontera entre las culturas aristocrática y popular. A finales del siglo VI estos límites fueron totalmente eliminados: la cultura del cristiano de la calle llegó a ser por primera vez idéntica a la de la élite de los obispos y gobernantes». P. Brown, *El mundo en la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Madrid, 1989 (1ª ed. ing. 1971), 207; esta situación, entendida por este autor como característica de la Edad Media, empezaría a gestarse entre finales del siglo V y principios del siglo VI. Para entender su evolución parece imprescindible investigar el papel que jugaron en ella los integrantes de los cuadros eclesiásticos, análisis que debería efectuarse olvidándose de supervalorar los niveles culturales de la Antigüedad en detrimento de los de la Alta Edad Media.